

pregunta por su fe. Y como ellos afirman que, de no creer, huyeran y no se acercaran, pónelos el Salvador la diestra sobre los ojos y ven. Seguidamente viene un mudo endemoniado, y Cristo le devuelve la palabra, el Verbo, como había devuelto á los otros el día. La plebe circunstante se maravilla y pregona por doquier el portento, de cuyas imágenes los giros del aire y los resplandores del sol se llenan. Pero el fariseo está en aquel sitio viendo cómo á tales revelaciones nuevas la vieja religión se desvanece y se derrumba el antiguo templo. Y no sabiendo qué decir ni qué hacer este colegio de sacerdotes, en cuyas manos el espíritu y el culto antiguo se han, de puro espíritu, convertido en cosa material y tangible, imputan á Cristo la producción de todos aquellos prodigios, no por obra divina, por obra diablesca. Jesús calla y sigue su camino. Pero nueva ocasión de mostrar su gracia se ofrece, y nuevamente los fariseos le persiguen á una con sus amenazas y le insultan con sus dicharachos. En vano revive á su voz una muchacha muerta, que las convecinas, endechando y plañéndose, iban á enterrar; los fariseos, cuyo espíritu se hallaba más frío que todos los cadáveres, tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Un endemoniado, á quien podríamos llamar doble, alza las manos á Jesús, que iba por las vías de su predica-

ción, y Jesús le abre los ojos cerrados y le desata la lengua paralítica. El sacerdocio judío no puede con aquella nueva demostración de la virtud encerrada en el símbolo y atribuye todo lo acaecido á Beelcebub. Era éste jefe, ἀρχων, de los demonios en las creencias del tiempo. También le llamaban dios de las moscas. Adorado como á tal, como sér divino, en Ecron, teníanlo por diablo todos los monoteístas enemigos de las idolatrías y de los ídolos. No podía lanzarse imputación más dañosa entonces á la cabeza de un joven como el Salvador. Indignado éste se defiende á sí mismo y acusa terriblemente al ciego sacerdocio. Leed su milagrosa invectiva en San Mateo, capítulo duodécimo: «Si Beelcebub, exclama, echa fuera de un cuerpo endemoniado los demonios, échase á sí mismo. Y, como todo reino dividido, perecerá; y toda casa contra sí levantada no perdurará; el demonio se torna enemigo de sí mismo, y sea cualquiera quien lo mueva, ó por lo que se mueva él mismo, sucumbe.» Así patentiza que obra por virtud y delegación del Espíritu Santo. «El que no es conmigo, añade, contra mí es; y el que á mi lado no cosecha, derrama y derrocha. Y cualquiera que hablare contra el Hijo del Hombre, serále perdonado; mas cualquiera que hablare contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este mundo ni en el otro.» Pero en vano decía to-

das estas maravillas, mayores que los milagros, por ser como rayos y luces del alma. Los fariseos altercaban á la continua con él. En la mala fe de sectarios semejantes demandábanle que diera de su poder sobrehumano signos celestiales. Algo así como la estrella, guía de los magos, como la columna de fuego encendida por Moisés en los desiertos, demandaban la incredulidad y la impenitencia sacerdotales. Para ellos la idea cristiana, más brillante y más fecunda que todos los soles sumados, no brillaba; y en cambio podría lucir un aereolito cualquiera que atravesase los espacios en el momento por ellos demandado, para caer, tras haber lucido un minuto, frío é inerte á sus plantas. En las ideas, y sólo en las ideas, estaba el verdadero milagro. Allí había que buscar el calor ablandando las piedras; el soplo volviendo á los cadáveres la vida; el resplandor espiritual llegado hasta la ceguera más negra y más honda; el Verbo divino reanimador de las mudas lenguas y de los apagados ideales. Ellos no veían lo que volaba por el cielo en la palabra cristiana de luz tan viva, y pedían un astro material, á cuyo resplandor nada, ó poco por lo menos, hubieran visto. De aquí las palabras puestas por San Mateo en boca de Jesús, hacia el capítulo décimosexto de su Evangelio, palabras adorables: «Cuando en la tarde, so-

léis decir, sereno, porque tiene arreboles el cielo, y á la siguiente mañana, tormentoso y nublado, porque os parecen tristes los albores, hipócritas, acertáis á distinguir las diferencias en el cielo y no acertáis á distinguir las diferencias en esta generación.» Y no menos adorables las recordadas por Lucas en los versículos últimos de su capítulo duodécimo: «Cuando veis la nube que avanza de Poniente, agua viene, decís, y es así; cuando sopla el austro, calor habrá, y lo hay. Sabéis examinar por ende la faz, así del suelo como del horizonte, y no sabéis examinar vuestro mismo siglo.» Ninguna enseñanza tan bella para demostrar cómo los hombres, mirando siempre con sus ojos de carne, ven los fenómenos naturales en el espacio y no ven los fenómenos metafísicos en el espíritu. Un relámpago con trueno, el rayo que desgaja la vieja encina, el obólido que vuela como las luciérnagas aladas en oscura noche, la cola rojiza de un cometa, la combinación arbitraria de los astros caídos en el espacio como los dados en el tablero, podían convencer á tales ciegos del alma y no les convencían las palabras, verdaderamente divinas, escapadas á los creadores labios de Cristo. Así éste hacía en ciertas supremas circunstancias lo posible para ocultar ante aquellas muchedumbres, del todo ciegas, lo que unía su persona con la tierra y le daba

un aspecto humano puramente. Y tal observación explicará cómo le contrariaba ver que al momento más crítico y sublime de su predicación, cuando las palabras más inspiradas caían de sus labios y las bendiciones más fecundas y santas de sus manos, apareciesen los deudos y próximos á recordarle cómo también él había nacido de mujer, y contado, como los mortales, cuna y hogar en este nuestro mundo.

Necesitando, ante todo y sobre todo, Cristo, difundir su doctrina, hizo cuanto debió, en su naturaleza de Redentor, diciendo cómo eran su padre, y madre, y sus hermanos los que adoptaban su idea, resueltos á vivir y á morir por ella. Con efecto, en la idea, no en su soplo material, estaba el aire de las almas; en la idea, no en su mirada luminosa, estaba el resplandor de lo ideal; en su idea, no en la sangre de sus venas, estaba el espíritu vivificante y renovador de la mísera humanidad. Sus enemigos no creían esto, y cuando escuchaban palabras tan sublimes como las dichas por Jesús en aquellos momentos de su inspiración sobrenatural, decían unas veces que lo habían embrujado y otras veces que estaba completamente loco. La imputación corría tan válida y se asentaba en apariencias para los hombres aquellos tan claras, que muchos, entre los allegados á Jesús, creíanle fuera

de sí. Así, el evangelista San Marcos, por el capítulo tercero de su Evangelio, nos relata el acto de sus parientes, intentando llevarse á Jesús para recogerlo y guardarlo en la familia, como se recoge y se guarda generalmente á toda persona enferma. Era una de las mayores ocasiones presentadas en aquella vida tan sublime. Acababa el Salvador de penetrar en la sinagoga, y con su ingreso allí penetraba el nuevo espíritu. A su presencia los hasta entonces paralíticos andaban; y los espíritus, que tenían recogidas sus alas, abríanlas para volar por la inmensidad. El fariseísmo creíase perdido, como ahogado en aquella inundación de reveladoras ideas. Y los adscritos al templo farisaico, y los partidarios del tirano Herodes, conjuráronse para matarlo. Tres años, si muriera en aquel día, se adelantara su inmolación y sacrificio. Iban á precipitarlo de una montaña sus dos enemigos capitales: aquella vieja teocracia supersticiosa y aquella monarquía herodiana, los eternos conjurados contra todo progreso. Pero innumerable muchedumbre, ya judía, ya galilea; los ciudadanos de Jerusalén misma; los habitantes del Jordán y allende; aquellas ricas tribus mercantiles de Tiro y de Sidón, seguíanle por los desiertos y escuchaban como extáticos la reveladora palabra suya, tan cargada y henchida por innumerables ideas. Y se apercibía y se preparaba Je-

sús nada menos que para la fundación y consagración del apostolado. Servíale como de brillantísimo dosel este cielo de Asia, tan azul y luminoso; las colinas asemejábanse bajo sus plantas á peanas y tronos; los transparentes lagos de aquella región relucían, juntándose allí sobre su clara superficie con los linos de las barquillas, los plumajes de las aves; y como nombrase á los que debían seguirle, acompañarle, recibir su inspiración, organizando el apostolado, todo el genio de la reacción vociferaba contra Cristo y le dirigía insultos con amenazas. En hora tan solemne, cuando más había menester de los suyos, de sus amigos, de sus parientes ¡ah! San Marcos lo cuenta en el versículo veintiuno, capítulo tercero, de su Evangelio: «Y como le oyeran los suyos, vinieron para prenderle, diciendo: «está fuera de sí, ó mejor dicho, está loco.» Semejante incredulidad y escepticismo de aquellos más próximos á los grandes hombres hállase confirmada por la ciencia y la observación vulgares en dichos, cuentos, tradiciones, consejas y refranes divulgados y difundidos al habla popular. Aquel dicho de que nadie será profeta en su patria, rebajado un punto, se traduce con este refrán conocidísimo en la vulgar lengua nuestra: «no hay ningún hombre grande para su ayuda de cámara.» Imaginaos qué minuto escogieron los parientes de

Jesús para tacharle de loco, en su afán legítimo y natural de á toda prisa defenderlo contra los maquinadores de su muerte y fin; el momento en que la vieja Sinagoga se caía rendida bajo la pesadumbre de sus ideas; el momento en que bramaban los espíritus inmundos, como les llama San Marcos, de la reacción fariseaica; el momento en que se constituía y organizaba el genio de la Iglesia futura con la fundación de aquel sublime apostolado, que debía difundir la idea y luego regarla con su preciosísima sangre. Así no es maravilla lo sucedido, cuando, al alabar una mujer del pueblo á la Madre Santísima que llevara en su vientre á Jesús, dijera éste, como en resultado último, no conocía otra madre sino su divina y luminosa idea. En efecto, el Redentor de los hombres no podía vivir para sí; no podía vivir para su hogar; no podía vivir para su familia. Teniendo que levantar el género humano á las cumbres de una idealidad superior, salvándolo y enalteciéndolo, debía romper todos los lazos que le ataban á la tierra, sobreponerse al organismo, al instinto, á los más naturales afectos, y entrar, como un pensamiento abstracto, en el inmenso luminosísimo cielo de lo sobrenatural y de lo infinito.